El regalo del pastor
Navidad 2017

Desde el silencio de las montañas,
los arroyuelos descienden
repletos de aguas claras.
Nieve blanca en las cumbres,
rocío como de plata
en los tallos de la hierba
y la escarcha
en los charcos de las sendas.
Helada viene y muy blanca
la Navidad que desciende
por los ríos de las montañas
entre romeros y luces
como al encuentro del alma.

Al salir el sol, el frío era intenso. En las partes altas de la montaña, la nieve relucía muy blanca. Por la mitad de la ladera y antes de su refugio, la hierba se extendía verde. Sobre los tallos de esta hierba, la escarcha bordaba mil encajes con todas las formas y matices. Más debajo de su refugio, por donde se deslizaba el arroyo y luego el río, de las rocas colgaban los carámbanos. La mañana se habría fría, muy fría. Sin embargo, el cielo aparecía todo teñido de un azul intenso muy bello. Sus ovejas aún se acurrucaban en el corral de piedra. Preparó su zurrón de cuero y dentro colocó lo que necesitaba. Y al poco, mientras el sol ya iba alzándose y comenzaba a calentar, se le vio bajar por las sendas hacia la ciudad.

En su casa justo en el mismo centro del Albaicín y frente a la colina de la Alhambra y Sierra Nevada, el anciano preparaba las cosas para encender el fuego de la chimenea. También por aquí hacía frío, mucho frío. Prendió unas piñas, acercó un puñado de ramas secas de tomillo a estas piñas y luego alimentó las llamas con palos algo más gruesos de pino, encina y olivo. Sabía que hoy era Navidad. Nadie más había en la estancia. Por las calles, las pequeñas plazas y algunos jardines cercanos, se oía cantos de mirlos. También el murmullo de algunas personas hablando y la risa de niños que no lejos jugaban. Frente a las llamas que ya en la lumbre de la chimenea comenzaban a danzar, se sentó. Cogió los trozos de madera, su pequeña navaja y se puso a recortar las figuritas. En silencio y mientras parecía rumiar en su corazón algún recuerdo lejano.

Era media mañana cuando se oyeron unos golpes en la puerta de la casa. Interrumpió el trabajo que tenía entre manos al tiempo que para sí se decía: “Desde hace mucho tiempo nadie viene a mi casa. Por eso ahora mismo a nadie espero. Pero alguien llama y espera que le abra. ¿Serán los niños que en la calle juegan?” Lentamente se incorporó, dio unos pasos, abrió la puerta y al encontrarse de frente preguntó sin más:
- ¿Qué te trae a ti por aquí a estas horas de la mañana y con este frío?
- Solo vengo a saludarte y a entregarte mi pequeño regalo de Navidad.

Se descolgó el pastor su zurrón, lo apoyó en el suelo, lo abrió lentamente y de él sacó un pequeño bulto. Recogió este bulto en sus manos, se lo alargo al anciano y le dijo:
- A lo largo de unos meses, he cuidado con cariño, el mejor cordero que en mi rebaño este año ha nacido. Ayer por la tarde encendí el pequeño horno de piedra que tengo en la puerta de refugio donde vivo. Unas horas antes, de la harina que todavía guardo en la orza de barro, hice una cantidad de masa. Moldeé varios panes, los cocí en este horno de leña calentado con raíces de enebro y luego también en este mismo horno, asé el cordero que ya te he dicho. Aquí te lo traigo envuelto en hojas de arce y ramas de enebro sujetas con esta cuerda de esparto. Y también aquí te traigo dos redondas hogazas. Siéntate esta noche frente a la lumbre de tu chimenea y come estos alimentos. Es Navidad y me he acordado de ti.

Muy sorprendido se quedó el anciano. Miró despacio al hombre que tenía delante y conforme iba recogiendo de sus manos los presentes que le estregaba, le preguntó:
- ¿Y por qué haces esto para mí?
- Lo hago porque te recuerdo, me sale del corazón y sé que esta noche estás solo. Ahora, ya no me entretengo más. El día está avanzando y mi rebaño espera todavía en su corral. Necesito abrirle las puertas y que se vayan por las laderas a comer hierba. Quizá esta noche mismo vuelva a nevar en cantidad. Que las llamas de tu lumbre y este alimento, te caliente un poco por fuera y por dentro en estas fechas tan especiales.

Dio el pastor media vuelta, lentamente caminó por las calles y al poco subía por las sendas de la ladera. En su pequeña casa en el centro del barrio, junto al fuego, el hombre se sentó. Cogió otra vez entre sus manos los trocitos de madera y la navaja y siguió tallando su pequeña obra personal. Se dijo,

mientras daba los últimos retoques a la figura del niño: “Pues aquí mismo, junto a la chimenea y no lejos del fuego, voy a poner el Belén de madera que estoy tallando. Saldré luego a la calle, buscaré algunos niños, se lo diré también a varios vecinos y, si ellos quieren y se sienten con ánimo, les pediré que vengan a mi casa esta noche. Nos repartiremos estos panes y este cordero que mi amigo de la montaña, ha preparado para mí en el horno que calienta con raíces de enebro. Que el cielo esta noche derrame paz, gozo y amor en su corazón y que su alma un día encuentre el cielo que, desde el frío, la nieve y la soledad de sus montañas, hoy ha venido a regalarme a mí”.